



Aureliano Ortega Esquivel (comp.)  
*El trabajo del pensar*  
Universidad de Guanajuato  
Guanajuato, 2008

Aplicada a la reflexión, la palabra *resultado* da cuenta de una manera más bien pobre del proceso —trabajo, se dice— por el cual un ejercicio presuntamente común —el pensar— se convierte en un acto filosófico. Así considerada, la reunión de los textos de *El trabajo del pensar* supone un acto filosófico general en el que se reúnen los trabajos de una comunidad académica. Por necesidad sus estados son diversos; suponen no sólo perspectivas distintas sino tiempos de maduración y reposo desiguales a los que sin embargo conjunta la misma función de la escritura, única interrupción legítima de dicha actividad intelectual. No se trata pues de resultados en el sentido en el que se miden metros de tela o viajes a Tailandia. La mención de esta serie de características parece entonces una clara violación al sentido propositivo de una reseña, que puede decirnos muchas cosas sobre un texto, pero que no puede considerarse cumplida si no nos dice, al menos marginalmente, por qué razón habría que leer determinado libro a la vista de otros cuya necesidad o importancia son de sobra conocidas. Sin conceder nada a los eufemismos o a la provechosa sentimentalidad, estas razones, de existir, dependen precisamente de la definición de ese *trabajo* y de ese *pensar* como un *acto filosófico*.

En el español de todos los días, la palabra *trabajo* puede indicar tanto la actividad como el esfuerzo invertido en ella. A menos que

alguien pueda contentarse con la afirmación de que lo que hacen los filósofos es simple y llanamente pensar, el trabajo de la filosofía en nuestros territorios supone la definición del oficio por su dificultad. Es claro que para quien no sabe hacerlo debe resultar complicado construir ataúdes o pilotear aviones, pero la dificultad de la filosofía no radica en su especial complejidad —aunque exista siempre la tentación de creerlo— sino precisamente en la manifestación de su *resultado* para la comunidad de la que forma parte. Aunque no tengan un rostro definido, uno sabe que detrás de las bambalinas de la cotidianidad hay alguien que barre las calles o especula en la bolsa; vemos calles limpias y crisis económicas y nos damos cuenta de su labor. A partir de ello puede cometer la imprudencia de juzgar si tal o cual trabajo es más o menos sencillo, más o menos digno, más o menos ventajoso.

La función de los filósofos, su trabajo, carece de una expresión visible y con ello de una vinculación directa con la comunidad que la sostiene, soporta o simplemente le deja existir. Ya se sabe que, siendo inmaterial la poesía, el poeta escribe libros de poesía y con ello libra toda sospecha de inexistencia: de la misma manera que el filósofo podría escribir libros de filosofía para asegurarse un lugar en la jerarquía visible de la producción cultural. La función de la filosofía, se puede objetar desde ahora, no es escribir libros de filosofía, y mucho menos libros académicos de filosofía. Sin embargo, al margen de esa función el acto filosófico se restringe a su dimensión puramente individual y continua, a un trabajo sólo visible para quien lo ejerce.

Así, el acto filosófico de la comunidad de Valenciana —como de manera casi íntima es llamada por sus miembros— pretende ser un acto filosófico en tanto acto comunicativo del proceso y del esfuerzo —trabajo ambos— por el cual la interrupción escrita asume el carácter provisional de resultado. Como mensaje, es a la vez incitación del proceso comunicativo que interpela a todo posible lector, esto es, le hace partícipe del pensar. Su escritura es ya un cumplimento,

pero es capaz a su vez de ampliar el círculo comunicativo, de ampliar su dimensión filosófica en la lectura. Por encima de ello, el contenido de sus reflexiones, en tanto productos técnicos, son herramientas —buenas o malas lo juzgará cada cual— para ese trabajo en los límites de otra comunidad, en el espacio o en el tiempo.

La distribución de los temas, tarea por naturaleza imposible en atención a la indeterminación de los objetos de reflexión, se reduce a cinco grandes grupos en los cuales se resumen también las principales líneas de trabajo del Departamento de Filosofía de la Universidad de Guanajuato. Juan Miguel Muñoz